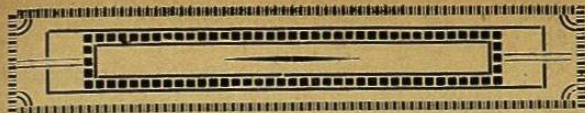


No teniendo nada que hacer ya en el bosquecillo, comenzó á arrastrarse. Cada movimiento le costaba un gemido de dolor. Á la sazón veía la puerta por donde entró; pero desesperaba de poder llegar á ella. Tiritaba de frío castañeteaba los dientes hacía esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse como una doncella. Éste era su principal temor; porque si perdía el sentido ¿cuánto tiempo tardaría á recobrarlo? Y mientras tanto los otros se escaparían y Gonzaga continuaría durmiendo, en la ignorancia de que carecía ya de lo que él llamaba su *rescate viviente*.

La puerta estaba próxima; un esfuerzo más, y llegaba: la alegría le hizo confiar demasiado en sus fuerzas, y á costa de enérgico trabajo consiguió incorporarse y ponerse de pie.

Pero una nube pasó ante sus ojos, y rodó inerte al suelo.



VIII

Viaje subterráneo.

Jacinta, sentada en la sala común, escuchaba los ruidos exteriores y meditaba. Á sus reflexiones se mezclaban plegarias fervientes, pues de vez en cuando arrodillábase y con las manos cruzadas dirigía al cielo los ojos en actitud adorable. No parecía la misma mujer que poco antes bebía como un cosaco y cantaba una canción vasca. Pero es que entonces ya no representaba una comedia.

—¿Qué harán?—se decía.—¿Habrán podido llegar al pozo? ¿No habrá surgido ningún obstáculo? ¿No se habrán asustado demasiado esas jóvenes al verse en ese subterráneo, por el cual ni yo misma paso cuando voy á la montaña?

De la sala vecina llegaban ronquidos sonoros mezclados con ruidosos hipos, así como un olor á vino que daba náuseas á la Vascongada.

—Á lo menos, no tienen que temer nada de éstos—prosiguió para sí.—Ahí están todos como cerdos revolcándose en el fango, mientras las palomas tienden el vuelo.

Impaciente y activa como las mujeres de su raza, Jacinta, que tenía además la curiosidad inherente á su sexo, no pudo contenerse más, y para salir de su incertidumbre subió al primer piso. La estancia de las jóvenes estaba vacía, y la candela acababa de consumirse. Asomóse á la ventana, escrutó el jardín y escuchó. No viendo ni oyendo nada, se tranquilizó.

—¡Alabado sea Dios! ¡Hasta ahora, todo va como una seda!

Tuvo la idea de hacer desaparecer la escala; pero reflexionó que de ese modo tal vez la acusaran á la mañana siguiente de haberles abierto la puerta ella misma. Volvió, pues, á su sitio en silencio y con el corazón nenchido de júbilo.

Sin embargo, antes de sentarse, quiso echar una ojeada á aquellos gentileshombres que había hecho dormir mezclando en el vino un narcótico, y que quizás se hubieran dormido lo mismo sin otra cosa que la fuerza del alcohol. Allí estaban todos tumbados como bestias. ¿Todos?

No: faltaba uno. La Vasca ses obresaltó. Creyó haberse equivocado, y los contó de nuevo, examinando uno á uno, aquellos borrachos. Sí; faltaba uno, y el que faltaba era el más temible para ella. ¿Dónde estaba el flaco Peyrolles? Visitó la cocina, volvió á la sala común, registró las demás habitaciones del primer piso. ¡Nada! La puerta de la calle estaba atrancada por dentro: no salió, pues, por ella. De pronto en la que daba al jardín oyó unos golpes débiles, y repetidos. ¿Quién podía llamar sino el mayordomo?

—¡Él en el jardín!—pensó.—Quiere decir que lo ha visto todo... que lo ha oído todo... ¿Por qué no abrirá por su mano? ¿Estará herido?

Quedóse inmóvil con los ojos clavados en la puerta.

—Si está herido es que ha luchado con mi hermano. ¡Quién sabe si le habrá muerto! Y tal vez después se haya servido de su espada contra las dos pobres mujeres que escapaban de su odio... ¡Qué sangriento drama se ha representado en el jardín?

Los golpes redoblaron; si al principio muy débiles, cada vez más fuertes. Jacinta se irguió, sacó su navaja, y echando lumbre por los ojos:

—¡Si los otros no se despiertan—gruñó—y es él, le mato!

Y se dirigió hacia la puerta resueltamente, poniendo la mano en el picaporte.

En aquel mismo instante una voz á sus espaldas gritó:

—¿Quién llama con tal priesa á estas horas? ¿Por qué lleváis ese juguete en la mano, hermosa? ¡Parece que no es tan fácil entrar en vuestra casa! ¡Diantre! ¡Sabéis proteger bien á vuestros huéspedes!

La huéspedea, que con los dientes apretados y la mirada dura había sufrido nueva metamorfosis, transformada en nueva Judit, se volvió dispuesta á herir, y al ver á Gonzaga, que era quien acababa de hablar, se contuvo.

—Voto á bríos! ¡He dormido como un canónigo! ¡Hola! ¡De pie vosotros! ¡Ha cantado ya el gallo, y hasta creo que llama á la puerta!

Montaubert, Nocé y Lavallade se levantaron medio aturcidos; el barón, Oriol, y Taranne continuaron roncando bajo la mesa. Los golpes resonaron más fuertes.

—¡Calle! ¿Y Peyrolles? ¿Dónde estará?—preguntó Gonzaga.

—¡Voto á bríos!—repuso Montaubert.—¿Quizás entretenido con la huéspedea! ¿Me permitís que vaya á despertarle á mi modo?

Jacinta había cerrado y guardado la navaja, y miraba insolente y desdeñosa á los truanes.

--Quizás sea el que llama; y en tal caso, habrá tenido la tierra por único lecho esta noche. ¡Idá ver!

Abrieron, y apareció en el umbral el mayordomo, lívido, derrengado, con la ropa sucia y rota y tan maltrecho, que no podía mantenerse en pie. Llevaba la espada en la mano, y con el pomo era con lo que había llamado á la puerta.

—¿Qué significa esto?—preguntó el Príncipe, frunciendo el ceño.

—Significa que la duquesita de Nevers y doña Cruz se han escapado, y que quizás no volveréis á cogerlas en la vida—repuso Peyrolles á costa de grandes esfuerzos.

—¡Que se han escapado? ¡Estás desvariando!

El factótum se había desvanecido de nuevo. Le arrastraron á la sala, y el mismo Gonzaga le vertió un cordial en los labios; pero no fué bastante para reanimarle. Todos estaban ya en pie, y nadie pensaba en bromear. Los rostros, embriaguados por la embriaguez, se inclinaban ansiosamente sobre el compañero desmayado. Sólo habían comprendido una cosa: que las doncellas habían volado. Felipe de Mantua lanzó una mirada recelosa á la Vasca, que permanecía impasible. Se convenció de que no había intervenido en el suceso al oírla hablar con voz tranquila, sonora, natural, sin que se trasluciera en ella la más mínima emoción.

—¿Sabrá este caballero bien lo que dice? Estaba algo embriagado, y creo que valdría más asegurarse de lo que dice. Cuando subí esta noche la última vez, dormían.

—¡Subamos!—dijo Gonzaga rechinando los dientes, y poniendo un dedo en el hombro de la hostelera.—Subamos nosotros dos solamente.

Cuando estuvieron arriba la huéspeda se adelantó y llamó á la puerta, aunque sabía perfectamente que no habían de responderle. Pero el Príncipe estaba demasiado impaciente, y no tardó en dar un empujón que abrió de par en par la entrada. La jaula hallábase vacía.

—¡Nadie!—rugió.—El lecho está revuelto como si hubiera sido ocupado.

—Y caliente aún—añadió ella, poniendo la mano entre las sábanas.

Era mentira; pero ¿qué importaba? El desorden del lecho, naturalmente, era obra suya.

Gonzaga rugió, pateó, sacudió el colchón con la espada, y echando espumarajos de rabia reparó en la escala de cuerda, siguiéndola hasta la ventana.

—¡Una escala de cuerda! ¿Luego había un hombre con ellas?

Y alzando más la voz con acento de indescripible rabia, rugió:

—¡Ah, Lagardère!... ¡Aunque hayas sido tú

no te regocijes! ¡Todavía es tiempo! ¡Yo la recobraré!

—¡Lagardère la tendrá pronto—pensaba la Vasca,—y ya sabrá guardarla perfectamente!

*
*
*

En el pasadizo subterráneo Aurora de Nevers procuraba en vano recuperar las fuerzas. Á pesar de su júbilo al creerse libertada, no podía tenerse en pie. Los últimos sucesos, las alternativas de esperanza y desaliento, la intranquilidad angustiosa por la situación de Lagardère, todo ello había contribuído á quebrantar su ánimo de tal modo, que cayó en una especie de aniquilamiento físico y moral. Era un cuerpo inerte que en vano trataba Flor de reanimar. Los hombres más robustos y esforzados son algunas veces víctimas de un decaimiento irresistible y anonadador. El mismo Lagardère cayó en él más de una vez. Y, sin embargo, estaba tan bien templado como la mejor espada de Toledo. ¿Qué de extraño tiene, pues, que su amada hubiera agotado sus fuerzas?

La peor era que tales condiciones no eran las más favorables para llevar á feliz término la aventura. Flor comprendió que necesitaba tener resolución por las dos, y contar sobre todo con

que la tuviese grande el hombre que las acompañaba. Algunas horas de energía perseverante podían asegurar su salvación.

El vasco encendió una antorcha, cuya luz vacilante dejaba ver un largo pasadizo entre rocas húmedas. Algunos murciélagos revolotearon en torno de la llama, rozando con sus alas los cabellos de los fugitivos.

—¿Tenemos que andar mucho por esta tumba?—preguntó la mísera Aurora estremeciéndose.

—Por lo menos una hora—repuso Antonio.—Pero no hay nada que temer: con tal que nos apresuremos, tengo con qué alumbrarnos todo el trayecto. Nadie ha podido vernos entrar en el subterráneo, que apenas si conocemos cinco personas en todo Bayona, y nadie nos verá salir tampoco. ¡Venid!

La de Nevers reaccionó contra su aniquilamiento, y apoyada en el brazo de su amiga siguió al guía. En breve hízose su marcha muy difícil. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, y cuando llevaban una mano á la pared para apoyarse ó evitar una caída, la retiraban prontamente con una impresión de frialdad que les helaba el corazón. Á los doscientos pasos les fué imposible seguir.

—¡Dejadme!—dijo la desventurada á doña

Cruz.—¡Se acabó! Comprendo que voy á morir, y vale más que sea aquí. Así mis enemigos no podrán disfrutar el espectáculo de mi agonía.

—¡No digas eso, Aurora!—contestó la gitana desolada y cubriéndola de besos.—Hay que tener ánimo. Tú has sido siempre animosa. Por el contrario, vas á vivir, á reunirte con tu madre, y con él.

—¡Enrique! ¡Ah! Cuando le veas, le dirás que muero pronunciando su nombre, que mi corazón desbordó de amor por él hasta su última palpación; y le guiarás aquí para que pueda recoger los restos de su amadísima Aurora. ¡Júrame lo Flor, y vete á buscarle!

El vasco volvió la cabeza para ocultar una lágrima: su corazón de aldeano honrado y sencillo se oprimía por el infortunio de la hermosa joven vestida de novia, y que en aquel sitio y aquella situación arrancada del altar para ser depositada en el sepulcro.

—Noble señora—dijo descubriéndose y arrodillándose como ante una santa,—Dios no permite que os desesperéis así, mientras circule una gota de sangre por nuestras venas, ni tampoco que os abandonemos. Haced un esfuerzo, sobreponed á vuestra debilidad, y sobre todo tened confianza en mí.

Aurora tendió la mano á aquel leal y valiente

mozo, dispuesto estaba convencida de ello á inmolar su vida por salvarla.

—Sí—murmuró,—tengo confianza en vos. Pero comprendo, ¡ay de mí! que me es imposible aun arrastrarme.

—¿Me permitís que os lleve?

—Probad; pero seré un fardo demasiado molesto para vos, y tendréis que abandonarme un poco más allá.

—¡Nunca! Mientras no os deje donde me ha indicado mi hermana, donde vuestros enemigos no podrán ir á buscaros, no os abandonaré.

Entregó la antorcha á doña Cruz, que marchó resueltamente hacia adelante, y con delicadeza caballeresca levantó á la doncella en sus vigorosos brazos. Parecía llevar un niño, y con la misma facilidad que si pesara como una pluma. En aquel sombrío subterráneo mal alumbrado por la humeante y temblorosa llama de la tea, era un cuadro fantástico el que presentaban los fugitivos: una dama alumbrando, y un gañán llevando en sus brazos una doncella en traje de desposada.

Flor guiaba animosamente; saltaba los grandes pedruscos desprendidos de la bóveda, y se volvía para advertir á Antonio el peligro y para alentar con frases cariñosas á su amiga, que, agobiada y desfallecida, reclinó inconscientemente su bella cabeza rubia en el hombro del que la

llevaba, y durmióse poco á poco como una criatura.

El peso resultaba así mayor; pero el montañés, habituado á esfuerzos más rudos, ó no se dió casi cuenta de ello. Sólo al advertir que se había dormido la doncella redobló sus precauciones para evitar un traspies ó una sacudida que pudieran despertarla con sobresalto. Iba radiante de satisfacción, pensando que aquel sueño bienhechor devolvería sus fuerzas á la Duquesita. Lo que hubiera rehusado hacer por dinero hacía lo ufano y satisfecho por abnegación hacia una desventurada dama á quien la víspera no conocía.

Lo mismo que su hermana Jacinta, Antonio era uno de los más hermosos y arrogantes tipos de la raza eúskara, descendiente de los antiguos cántabros, cuyas virtudes y grandes cualidades ha conservado: agilidad, independencia, destreza, laboriosidad, franqueza, testarudez, honradez, y sobre todo bondad. La hospitalidad es sagrada entre ellos, y en su país no se halla un mendigo. Doquiera que hay un infortunio, el vasco lo comparte y lo socorre. Antonio Laho hallaba uno en su camino y se consagraba á remediarlo en cuerpo y alma.

—Un poco más deprisa, ahora que duerme— dijo en voz baja á doña Cruz.

Ésta obedeció; pero á algunos metros más allá la guía tuvo que retroceder bruscamente y se detuvo. El paso estaba obstruído. Viva contrariedad se reflejó en las facciones del vasco. Para él aquel obstáculo era pequeña dificultad que pronto salvaría; pero, además del retraso que les ocasionaba, tenía que despertar á la joven, que tan apaciblemente dormía, al soltar el precioso fardo. Y otra cosa temía: quedarse sin luz antes de recorrer el pasadizo subterráneo, pues el trabajo necesario para dejar expedito el camino exigía un buen rato.

Calló sus temores por ahorrar á las jóvenes nuevas inquietudes. Buscando un lugar todo lo seco posible en aquel antro, depositó en él á la Duquesita con tan exquisitos cuidados, que no se despertó. Flor admiraba al montañés, y pensaba cuántas hazañas podría realizar al lado de Lagardère, mientras él se enfrascaba activa y esforzadamente en su labor, tratando de hacer el menor ruido posible. Por desgracia, la obstrucción eragrande y había bloques de piedra tan pesados, que cualquier hombre de fuerzas normales no hubiera podido moverlos. Necesitó más de un cuarto de hora para abrir paso.

Pusiéronse de nuevo en marcha. De pronto la gitana se detuvo; el pasadizo se dividía en dos.

—Á la derecha—dijo él.—¡Ya llegamos!

—¿Falta mucho?

—Menos de media hora, si no hallamos obstáculos.

Desde hacía algunos instantes oíase un rumor, un vago ruido que aumentaba conforme iban avanzando. La gitana prestó atención.

—No os preocupéis—le dijo el vasco.—Por encima de nuestra cabeza hay una corriente de agua subterránea que cae en cascada, á unas veinte toesas de aquí. El ramal que dejamos á la izquierda conduce á la cascada, y en breve oiréis más distintamente el ruido de la caída.

En efecto; no tardó en oirse un derrumbamiento sordo que retumbaba de roca en roca, incesante, pero desigual, que habría asustado á personas más acostumbradas á desafiar los peligros. Aurora comenzó á agitarse, sus facciones se contrajeron: parecía presa de una pesadilla, provocada, ó sencillamente aumentada por el ruido de la cascada.

—¡Deprisa, deprisa!—dijo el montañés—¡No perdamos tiempo!

La Duquesita se debatía en sus brazos con el vigor que dan los nervios excitados, y él trató de calmarla diciéndole palabras cariñosas y meciéndola en sus brazos como á un niño. ¡En vano! Por una sacudida brusca sustrájose de sus brazos, y fué á apoyarse rígida contra la ro-

cosa pared del subterráneo. Con los ojos desmesuradamente abiertos y el brazo extendido, no en dirección al ruido, sino en la del camino que acababan de recorrer, balbuceó, pintándose en su semblante indecible espanto:

—¡Por ahí! ¡Vienen, vienen! los veo; nos persiguen; su espada está teñida en sangre. ¡La sangre de Enrique! ¡Quieren matarnos también! ¡Gonzaga, Gonzaga! ¡Asejino!

Doña Cruz se estremeció, temiendo que hubiera enloquecido, y el vasco dejó caer con desaliento los brazos. Inmediatamente adelantó para tratar de cogerla de nuevo y trasportarla á pesar suyo; pero ella lanzó roncós gritos, y comenzó á golpearse la frente en las rocas como poseída del Demonio.

Era peligroso tocarla. La situación se había vuelto grave. Flor procuró á su vez tranquilizarla hablándole; pero no la oía ó, si acaso, confundía su voz con la de alguno de sus perseguidores. La gitana tuvo de pronto una inspiración.

Levantó la antorcha de modo que iluminase de lleno el rostro de la Duquesita, y avanzó hacia ella muy despacio y mirándola fijamente á los ojos. Ambas quedaron un momento cara á cara: aquella, blanca como un espectro, los dedos crispados entre las rocas, admirablemente bella; la gitana, como un domador, con los mús-

culos contraídos. Poco á poco perdieron las miradas de Aurora su expresión de terror, y serenáronse sus facciones.

—¡Anda! ¡Quiero que andes!—ordenó imperiosamente la gitana.

La doncella se estremeció y echó á andar con paso vacilante, automático, y los brazos caídos á lo largo del cuerpo rígido: sus ojos miraban el vacío, á lo lejos, delante de sí. El vasco creyó que aquello era una hechicería, é involuntariamente se santiguó.

—No la toquéis, y sobre todo no pronuncieis una palabra—dijo en voz baja y rápidamente doña Cruz.

No habiéndose disipado el hechizo á pesar de haber hecho la señal de la cruz, el montañés, algo tranquilizado, cogió la tea de manos de la joven. Quedaba tan poca, que temía que se apagara de un momento á otro sumiéndolos en la obscuridad; lo cual no le hubiera inquietado nada en otras circunstancias, puesto que estaban ya al término del subterráneo, y lo conocía bastante para guiarlas en medio de las tinieblas. Pero á la sazón aquella fuerza misteriosa que obligaba á andar á Aurora á pesar suyo removía las supersticiones arraigadas en él por atavismo de raza, y la prohibición de hablarle y tocarla acrecía su inquietud. ¿Qué ocurriría si quedaban de pron-

to sumidos en la más completa oscuridad? ¿No se estrellarían el cráneo contra una roca al andar sin luz?

El sudor aljofaraba su frente: nunca se había visto asaltado por tan angustiosa ansiedad. Un murciélago pasó, y apagó la antorcha con sus alas. Su corazón parecía próximo á estallar, cuando una mano se posó en su brazo, unos cabellos cosquillearon su mejilla, y sintió en su oreja como un soplo tibio que le decía en voz muy queda:

—¡Silencio! ¡Aurora ve!

Flaquearon sus rodillas, y hubiera caído si doña Cruz, agarrada á su brazo, no le hubiese obligado á continuar andando. Á la sazón los dos seguían á tientas: la Duquesita los guiaba. En breve sintieron una ráfaga de aire frío que refrescó sus sienes; un rayo de luz, primero vago y tenue, después más fuerte y preciso, iluminó la figura blanca que marchaba delante, siempre maquinalmente y como en éxtasis.

—¡Salvadas!—exclamó el vasco.

La mano de la gitana se apoyó vivamente en su boca como una mordaza; pero era tarde: Aurora se detuvo repentinamente, se tambaleó y cayó pesadamente al suelo, en tanto que Flor se precipitaba á su socorro.

—¡Desdichado!—dijo—¡Sólo yo podía desper-

tarla! Ahora va á padecer mucho hasta que recobre el conocimiento.

El pobre mozo estaba tan afligido, que la gitana tuvo lástima.

—¡Bueno; ya está hecho! ¿Hay alguna casa cerca? Id, y traed cualquier cordial: en último caso, aunque sea simplemente agua. Y tratad de encontrar un caballo para ella, si tenemos que continuar el viaje.

—Si no podemos proseguirlo inmediatamente contestó el mozo con un gesto de desaliento,—valdrá más pasar aquí la jornada y no salir hasta la noche. Es ya muy tarde para atravesar el valle sin ser vistos y denunciados á los que os buscan, que no tardarían en alcanzarnos. Voy á traer agua y víveres.

—Bueno; pero pronto. ¿Estamos seguras aquí?

—Sí; á no ser que os persiguieran por el mismo camino subterráneo, lo que es casi imposible, pues nadie nos vió entrar.

Entonces, nos quedaremos aquí todo el tiempo que sea necesario. ¿Tardaréis mucho en volver?

—Media hora escasa. Partida aplazada no es perdida. Con todo, hubiera valido más realizar el plan tal como le concebimos.

Y diciendo esto el vasco desapareció, sin que Flor se diese cuenta de por dónde había salido, muy ocupada en atender á su amiga.